

## CAPÍTULO XXXIII

### CONTINUACIÓN DE LA GUERRA

I. Batalla de Arlabán. — Alocución de Don Carlos á su ejército. — Acciones de Orduña y Unza. — Los carlistas en Lequeitio. — Proclama de Eguía. — Don Bruno Villarreal. — Sucesos varios. — Oraá. — Nuevas ferocidades de Cabrera. — Fusilamiento de la madre de éste. — Terribles represalias de tan brutal hecho. — Toma de Cantavieja por don Evaristo San Miguel. — La guerra en Cataluña. — Maroto en Cerdeña. — II. Muerte de Mina. — Castilla, Galicia y Asturias. — Expedición de Gómez. — Expediciones de Sanz y de don Basilio García. — Segundo sitio de Bilbao. — Victoria de Espartero en Luchana. — III. Excisión entre los carlistas. — Proposiciones hechas á Don Carlos. — Organiza éste una expedición para dirigirse sobre Madrid. — Cabrera y Zariátegui. — Insurrecciones en el Norte. — Restablece Espartero la disciplina. — Decadencia del carlismo. — Segunda expedición de don Basilio García. — El Conde de Negri. — Don Diego de León en Belascoain. — Maroto, general en jefe de los carlistas. — Urbiztondo. — El Conde de España. — Cabrera en la provincia de Castellón. — Ataque de Cabañero á Zaragoza. — Muerte de Pardiñas. — Situación de los contendientes en distintas provincias. — Trabajos carlistas en Cuba. — Insurrección en Melilla.

#### I

Duró poco, sin embargo, la jefatura en jefe de González Moreno, pues, á continuación de los sucesos que acabamos de referir, fueron tales sus desaciertos, que ante los desastres por ellos ocasionados á los carlistas, reemplazósele con don Nazario Eguía, tan inepto seguramente como su predecesor en el mando.

Terminó el año 1835, cuyas últimas operaciones militares tuvieron poca importancia, y con el de 1836 comenzáronse otras, impuestas por la necesidad de libertar á Guetaria del cerco que la pusieron los rebeldes. El día 17 de Enero libróse la batalla de Arlabán, en la que pelearon unos y otros con verdadero empeño, aunque sin ningún resultado decisivo, adjudicándose recíprocamente la victoria. Los carlistas, para conmemorarla, crearon un cuerpo de caballería denominado *Húsares de Arlabán*; Córdoba, en cambio, concedió al general Rivero la cruz laureada de San Fernando, y á los regimientos de la Princesa y del Infante la corbata de la misma Orden para sus banderas.

Engreído Don Carlos con algunos triunfos que consiguiera Villarreal en las provincias Vascongadas, aprovechó la ocasión para condenar los desórdenes que

entonces habíanse producido en varias regiones de la Península, dirigiendo á su ejército, el 20 de Febrero, la alocución siguiente:

« No puedo menos de afligirme al ver la marcha de la revolución de España; los escandalosos sucesos que se han repetido en Madrid, Barcelona, Zaragoza y otras ciudades; la opresión horrorosa que sufren mis pueblos; cárceles, destierros, confiscación y muerte, sin más delito que la pura opinión; los religiosos y las virgenes consagradas á Dios, mendigando, la Religión gimiendo, y la Patria pidiendo auxilio, son objetos que me consternan, y os lo recuerdo con dolor para que me ayudéis con energía á remediar tantos males.

» Los execrables asesinatos cometidos últimamente en Barcelona á vista y con el consentimiento de las autoridades constituidas por aquel Gobierno rebelde, si es que hay Gobierno donde se perpetran tales atentados; violando los pactos más solemnes garantizados por potencias respetables, y aún ejecutando con los cadáveres atrocidades indignas de mencionarse y sólo propias de gente inhumana, os llenarán de indignación, y es justa; pero estos ejemplos no se imitan. Si ellos no tienen Gobierno, ni leyes, ni humanidad, vosotros tenéis virtudes heroicas, y los prisioneros que custodiáis en los depósitos, y los que estos días habéis hecho en San Sebastián, Valmaseda y Mercadillo, podrán decir si mi ejército tiene disciplina, y si mi pueblo guarda las leyes. »

Faltábale al Pretendiente autoridad y razón para expresarse así, cuando era notorio que las huestes facciosas cometían los mismos excesos que él reprobaba en los contrarios.

Dióse el 5 de Marzo la acción de Orduña, ganada á Eguía por Espartero, que entró en la población, antes de ser evacuada por los carlistas, al frente del regimiento de húsares de la Princesa, poniéndolos en vergonzosa derrota: y el 19 del propio mes tuvo Eguía en Unza otro descalabro, valiéndole la faja de brigadier al coronel don Leopoldo O'Donnell, que venía distinguiéndose por su arrojo desde los comienzos de la guerra.

Resarciéronse los carlistas de estos desastres, tomando el 12 de Abril á Lequeitio, pero como no progresasen en los resultados de la guerra, decidió Eguía dirigirse al ejército liberal con una proclama haciéndole estos ofrecimientos:

« Á todo sargento, cabo ó soldado que siendo cabeza de destacamento se pase con 30 ó 40 hombres, le concederé el empleo de subteniente.

» Al que conduzca y presente de 60 á 80 le ascenderé á capitán, distribuyéndose entre la fuerza pasada los empleos de oficiales, sargentos y cabos correspondientes á una compañía.

» Al que se pase con cuatro compañías que no bajen de 80 plazas, le nombraré teniente coronel y concederé los empleos del batallón en los términos indicados para una compañía. »

Fuera de algunas deserciones y de cierto número de prisioneros que hicieron traición á la causa liberal, el ejército cristino no respondió á este llamamiento.

Cansado Eguía de la campaña y viendo el escaso fruto que sacaba de ella,

abandonó el cargo de generalísimo, que obtuvo don Bruno Villarreal. Era éste un intrépido guerrillero, excelente organizador y táctico consumado, habiendo dado hasta entonces no poco que hacer á los caudillos liberales. Estableció su cuartel general en Salinas y revistó las tropas, que ascendían á 34,000 infantes, 1,080 caballos y algunas secciones de artillería é ingenieros.

Con un ejército enemigo tan numeroso, el Trono de Isabel II podía considerarse seriamente amenazado. Los acontecimientos políticos ocurridos en el País no le favorecían tampoco, por el estado de perturbación que se produjo, y la dimisión de Córdova, fundada en los sucesos de la Granja, perturbó al Gobierno. Nombrado Oraá interinamente en reemplazo de aquél, dió muestras de una actividad incansable y de una pericia extraordinaria, contrarrestando con fortuna

las operaciones de Villarreal. Cumpliendo sus acertadas disposiciones, derrotó Lacy Evans, jefe de la legión inglesa, á Guibelalde en las inmediaciones de San Sebastián, y ganó Narváez la batalla de Arroniz en la cumbre de Montejurra, obteniendo al propio tiempo una cruz de San Fernando.

Cuando Oraá entregó el mando á Rodil, nombrado en propiedad general en jefe, dijo en una proclama á sus soldados:

« En los treinta y un días que he tenido el honor de mandar interinamente, hemos hecho expediciones y hemos llegado á pueblos en donde hacía largo tiempo que no nos veían; hemos desafiado al enemigo á combates que ha rehusado, y en dos encuentros y una batalla que se ha atrevido á presentarnos, en posiciones escogidas, ha sido baticido y ahuyentado. »



Villarreal.

Oraá fué un jefe que prestó grandes servicios á la causa liberal en los diversos puestos que desempeñó, y por su moderación con los vencidos le han tributado elogios todos los historiadores de aquella guerra.

Continuaba Cabrera la campaña en el Maestrazgo, donde algunos de sus subalternos fueron derrotados por las columnas de Villapadierna y Palarea. Trataba de imponerse por el terror, y entre otros fusilamientos dispuso el de los alcaldes de Valldearforja, Torrecilla y las Parras. Indignado el general don Agustín Nogueras, concibió en mala hora el descabellado y feroz pensamiento de ordenar al gobernador de Tortosa que fusilase á la madre de Cabrera, cuya bárbara orden, para ser ejecutada, hizose preciso que la autorizase el capitán general de Cataluña. Éralo entonces Mina, á la sazón gravemente enfermo, y ésta debió ser la causa de autorizar un hecho tan monstruoso como indisciplinable;

lo reconoció así él pocos días después de este triste suceso (1). Dados sus sentimientos humanitarios, no lo hubiera seguramente consentido á haber estado en plena salud y razón.

Terribles fueron las represalias que tomó Cabrera, comenzando por fusilar á cuatro señoras, una de ellas esposa del coronel Fontiveros, así como á la mayor parte de los prisioneros que iban cayendo en su poder. Saqueó é incendió las poblaciones de Alcorisa y Montalbán y dispuso el bombardeo de Gandesa, en castigo de no haber querido rendírsele.

Nombrado don Evaristo San Miguel capitán general interino de Aragón, marchó sobre Cantavieja, plaza que Cabrera tenía fuertemente guarnecida, habiéndola convertido en fábrica de municiones y en depósito de viveres y ropas para sus soldados. Después de un sitio que duró algunos días y á pesar de la tenacidad con que se defendieron los facciosos, San Miguel tomó á Cantavieja, privando así á aquéllos del centro más importante de sus operaciones.

La guerra en Cataluña venía siendo favorable á la causa del Gobierno, especialmente desde que Mina se encargó del mando en jefe. Distribuyó el ejército en siete columnas, reorganizó los cuerpos francos, llamados peseteros, y su contrario Tristany apenas podía hacer otra cosa que mantener la agitación en los campos, sin lograr apoderarse de ciudad alguna.

Brindóse Maroto á organizar las fuerzas carlistas catalanas, que operaban en partidas sueltas, sin cohesión ni plan, y, aceptado el ofrecimiento por Don Carlos, presentóse aquél en Cerdeña. Sorprendióle el 7 de Septiembre en Prat de Llusanés la columna de Ayerbe, y aunque sostuvo el choque con entereza, hubo de huir, no pudiendo contener la dispersión de los suyos. Ocurrió este suceso antes de que Maroto pudiese poner en práctica los proyectos que le llevaron á Cataluña, no obstante lo cual, le ordenó el Pretendiente retirarse á Francia.

Por segunda vez caía Maroto en desgracia, merced á la injusticia con que era tratado por los cortesanos de Don Carlos, injusticia, según dice el historiador señor Morayta, que determinó la génesis del convenio de Vergara.!

## II

El 13 de Diciembre, murió el insigne don Francisco Espoz y Mina, cuyos hechos gloriosos, desde 1810 hasta su última campaña de Cataluña, constituyen una leyenda. En la guerra de la Independencia venció á los más conocidos generales de Napoleón en cuarenta y tres acciones, ganándoles varias plazas de las que habían tomado, y llegando hasta imponer una contribución de cien onzas de oro

(1) Refiérese que, lleno de aflicción, dijo al juez de primera instancia de Cervera: «No puedo quitarme de la cabeza á esa pobre mujer; yo estaba enfermo... en fin, dejemos eso.»

mensuales á la aduana francesa de Irún, para atender al sostenimiento de las tropas que logró organizar. Fué el jefe incansable de la conspiración liberal durante el aciago período de 1814 á 1820; de la que siguió á la reacción de 1823, y luego uno de los más poderosos é invencibles enemigos que tuvo la causa carlista.

Como ejemplo de la entereza de su carácter se cita el siguiente rasgo: Cuando se encargó del mando del ejército de Navarra, en 1834, hizo que se convocara al cabildo de Pamplona y dijo á los canónigos: « Hace cuatro años habéis ofrecido » 3,000 pesos al que os trajera la cabeza de Mina; yo os la traigo. Dadme el premio ofrecido y servirá para ayudar á sostener la guerra contra Don Carlos.»

Mina dejó escritas unas *Memorias* que son un interesante documento para la historia militar de España. A su viuda la otorgó el Gobierno el título de Condesa, y el nombre del heroico guerrillero se inscribió en una de las lápidas del salón de sesiones del Congreso de los diputados.

Medraban poco las facciones en Castilla, donde algunas partidas, mandadas por *Pabillos*, *Chaleco* y otros cometían toda suerte de latrocinios, y Asturias y Galicia no habían respondido por su parte al movimiento rebelde. Para levantar estas últimas provincias y distraer la atención del Gobierno, organizóse una expedición al mando del ex coronel don Miguel Gómez, que salió de Amurrio el 26 de Junio de aquél año 1836, al frente de 2,800 infantes, doscientos jinetes y dos piezas de artillería.

En su marcha por Asturias y Galicia supo burlar la persecución de Espartero y Latre, aumentar su gente y recoger bastante botín, así como muchos pertrechos de guerra. De Galicia pasó á León, en cuya ciudad permaneció dos días, que aprovechó para reunir víveres, municiones y caballos. Vió, además, aumentado su ejército con tantos voluntarios, que pudo formar un escuadrón, titulándolo 4.º de Castilla. Poco después sostuvo con mala fortuna la acción de Escaro, que le ganó Espartero, cogiéndole quinientos prisioneros y gran parte del convoy. Pasó luego, el 10 de Agosto, á Cangas de Onís y allí reunió los cuerpos dispersos. Avanzó al siguiente día en dirección contraria á Espartero y, burlando la vigilancia de éste, se dirigió á Castilla, llegando sin obstáculo á Palencia. Movié su gente, cuando supo la aproximación del general Alaix, y para adelantar terreno hizo que los infantes montaran á la grupa de la caballería y en carros tirados por mulas, con lo que ganó á los liberales más de tres jornadas.

Prosiguió su camino marchando y contramarchando, según las noticias que recibía de la dirección y fuerza material de las tropas enviadas en su persecución; cerca de Matillas destrozó á la brigada de don Narciso López, y con los prisioneros que la hizo siguió su marcha por la Alcarria, tomando la vuelta de Aragón, si bien cortó su camino y retrocedió hacia Cuenca. En Utiel se le unieron Cabrera y Quilez, atacando á Requena, de donde fueron rechazados. El 15 de Septiembre, encaminóse á Albacete, en cuya ciudad entró sin el menor contratiempo. Siguió adelante, y en Villarrobledo, luchando con Alaix, perdió 1,200 hombres, que fueron hechos prisioneros por los húsares que mandaba don Diego León,

unos 2,000 fusiles, muchos bagajes, y acaso hubiese terminado allí su correría sin la ayuda de Cabrera, que protegió la retirada.

Rehizose pronto, y atravesando Sierra Morena, llegó por Ubeda y Baeza ante los muros de Córdoba, el 30 de Septiembre. Ganó la ciudad, después de una porfiada resistencia, cogiendo abundancia de dinero, armas y municiones. Con los realistas presentados formó un batallón denominado de Córdoba y dos escuadrones de caballería. Salió de allí el 4 de Octubre, dirigiéndose á Montilla, donde entró y hubo de abandonar, evitando la persecución de que era objeto, para tomar la dirección de Extremadura.

Por Guadalupe y Logrosán pasó á Trujillo; penetró sin oposición en Cáceres; atravesó, nó sin lucha, el Tajo por el puente de Alcántara, el 2 de Noviembre, y al siguiente día ordenó á Cabrera que con su gente volviese al reino de Aragón, mandato que obedeció aquél, separándose de Gómez. Este, alarmado por las noticias que se le comunicaron, regresó á Cáceres; vadeó el Guadiana, formando con carros un puente; descansó en Guadalcanal; marchó á la serranía de Ronda y en Palma del Río cruzó el Guadalquivir. Detúvose en Ecija, entró en Ronda y engañó á sus perseguidores, fingiendo unas veces que trataba de pasar á Murcia y otras que no iba á salir de Andalucía. Dueño absoluto de la comarca rondeña, repartió fusiles y municiones, logrando levantar varias partidas.

Reorganizó sus tropas, que la formaron dos divisiones, una castellana y otra aragonesa; mandó la primera á Algeciras, seguida del cuartel general, y la otra permaneció con él. El 24 del propio mes de Noviembre, entró en Alcalá de los Gazules; tomó luego el camino de Arcos; libró contra Narváez en Majaceite un combate terminado con la dispersión de los carlistas, que perdieron 1,200 hombres entre muertos y heridos; pasó por Cabra y Alcaudete, donde concedió descanso á sus tropas, que algunas horas después fueron sorprendidas y derrotadas por Alaix, consiguiendo llegar á Martos, nó sin dejar en poder de los liberales armas, municiones y prisioneros. Trasladóse luego á Menjíbar, llegó á Bailén, pasando más tarde á Jaén y Villalgordo. Marchando por jornadas regulares penetró en la Mancha, siguiendo de ordinario la sierra para disminuir el peligro; avanzó hacia la provincia de Soria, por donde entró en la de Burgos, llegando á Orduña, el 20 de Diciembre, con mayor número de infantes y triple caballería que á su salida; un rico botín y no pocos pertrechos de guerra.



Miguel Gómez.

Había durado aquella memorable expedición cinco meses y veinticuatro días, en los que recorrió Gómez 4,200 kilómetros, burlando la persecución de seis columnas que le iban á los alcances. Sirvió para demostrar los talentos militares de su jefe, y sirvió también para poner de manifiesto que en las comarcas por él recorridas faltaban elementos á la causa rebelde.

El premio que otorgó el Pretendiente á Gómez fué sujetarle á un proceso, basado en haber desobedecido sus órdenes, ampliando la expedición, y en haberse apoderado de parte del dinero recogido durante la misma.

Mientras Gómez realizaba su expedición, verificaron otras Sanz y don Basilio García, antiguo comandante éste de realistas en Logroño. El primero se dirigió á Asturias con 2,200 hombres, pasó por Llanes y no pudo entrar en Oviedo, de donde fué rechazado dos veces. Recorrió casi toda la provincia sin encontrar quien le secundase y, perseguido por dos columnas, vióse en la necesidad de regresar á Vizcaya sin haber alcanzado ventaja de ninguna clase.

Don Basilio García, con doscientos cincuenta peones y treinta caballos, encaminóse á la Rioja, llegando á Santo Domingo de la Calzada; pero, perseguido por fuerzas liberales salidas de Logroño, tuvo que retroceder para reorganizar y aumentar sus tropas. Con ellas vadeó el Ebro y, pasando por varios pueblos de aquella provincia, ocupó á Soria el 17 de Julio, uniéndosele allí ochocientos voluntarios y sacando caballos y dinero. Llegó después á Riaza y á Sepúlveda, produciendo la noticia verdadero terror en la Corte, residente entonces en la Granja. Persiguióle Azpiroz y tuvo que retroceder hasta Peñafiel, refugiándose en la sierra de Burgos, desde donde se corrió á Aragón para regresar á Navarra.

Disminuido el ejército liberal del Norte, por haber segregado Espartero, que lo mandaba, dos divisiones al mando de Narváez y Alaix para perseguir á Gómez, ideó Erro, ministro universal á la sazón de Don Carlos, poner de nuevo sitio á Bilbao. Hizo concentrar al efecto, todas las fuerzas disponibles, bajo el mando de Villarreal y, el 25 de Octubre, comenzó el asedio de aquella plaza, que defendía el brigadier don Santos San Miguel, quien tenía á sus órdenes unos 5,000 soldados de todas armas.

Las baterías carlistas rompieron el fuego sin intimación previa, siguiéndolo sin interrupción alguna durante los cinco primeros días del bombardeo, en los que arrojaron sobre los fuertes y la ciudad 5,600 balas rasas y 1,750 proyectiles huecos.

Rindióse el fuerte de Banderas, sito en la montaña de la derecha de la ría, entre Bilbao y las Arenas; luego el convento de Capuchinos y más tarde el de San Mamés. Transcurría el tiempo é íbase haciendo insostenible la situación de la ciudad, agravada por la pérdida de los fuertes de Luchana y Burceña, donde colocaron los rebeldes artillería para continuar el cañoneo. A fines de Noviembre consiguieron abrir brecha en el convento de la Concepción, siendo al asaltarla rechazados con muchas bajas.

Hallábase ya entonces en Portugalete el general Espartero con quince bata-

lones y dos escuadrones, allí llegados por Castrourdiales y Somorrostro; el hallarse los fuertes de Burceña y San Mamés en poder de los carlistas le imposibilitaba todo movimiento por el puente de Castrojana, así que hubo de pasar al lado opuesto de la ría. En ésta y otras varias operaciones, que originaron algunos encuentros con los sitiadores, transcurrieron bastantes días, durante los cuales en Bilbao llegó á faltar municiones para la tropa, escaseando también los víveres para sus moradores. San Miguel, herido, tuvo que entregar el mando al brigadier Arechavala.

Encontrábanse las tropas liberales acampadas en los puntos de Lezcona, Aspe y alturas de Evándio, cuando, á las cuatro de la tarde del 24 de Diciembre y para aprovechar la marea, ordenó Espartero, enfermo á la sazón, que comenzase el movimiento dispuesto por Oraá, jefe de su Estado Mayor, para arrojar á los carlistas de las posiciones que ocupaban. Proveyóse de balsas y las llenó de soldados decididos que avanzaron hacia la batería de la casa de la pólvora, fuerte principal del enemigo, apoderándose, al saltar en tierra, de esta temible posición bajo un fuego horroroso y sufriendo grandes pérdidas. Eran ocho compañías de cazadores, á cuyo frente iban los comandantes Ulibarrena y Jurado, los que inauguraron esta gran victoria. Dueños de las dos piezas que barrían el camino real, pudo arrojarse á los sitiadores del monte Cabras. Mantuviéronse firmes los cazadores aguardando algún refuerzo para emprender nuevo ataque, y envióles Oraá el primer regimiento de la guardia real de infantería, que se apresuró á correr á su lado, pasando la ría en las lanchas con la mayor decisión. El Barón de Meer tenía orden de apoderarse con ellos del monte de San Pablo, y el punto que habían de atacar primeramente era una posición formidable entre el monte Cabras y el fuerte de Banderas. Para el ejército de la Reina era la llave de Bilbao, y los carlistas, conocedores de su importancia, concentraron sobre él casi todas sus fuerzas con la obstinación que el interés de la defensa podía inspirarles. Empezóse el ataque con bravura, y los rebeldes, parapetados detrás de sus trincheras, vomitaban fuego sobre los cazadores y la guardia real, causándoles una enormidad de bajas é hiriendo á sus jefes los generales Barón de Meer y Méndez Vigo. A los horrores del combate se añadieron los del temporal, y la nieve y el granizo robaban el calor á los combatientes sin apagar su ardimiento.

Hasta la una de la noche no había tenido Espartero más parte en esta acción



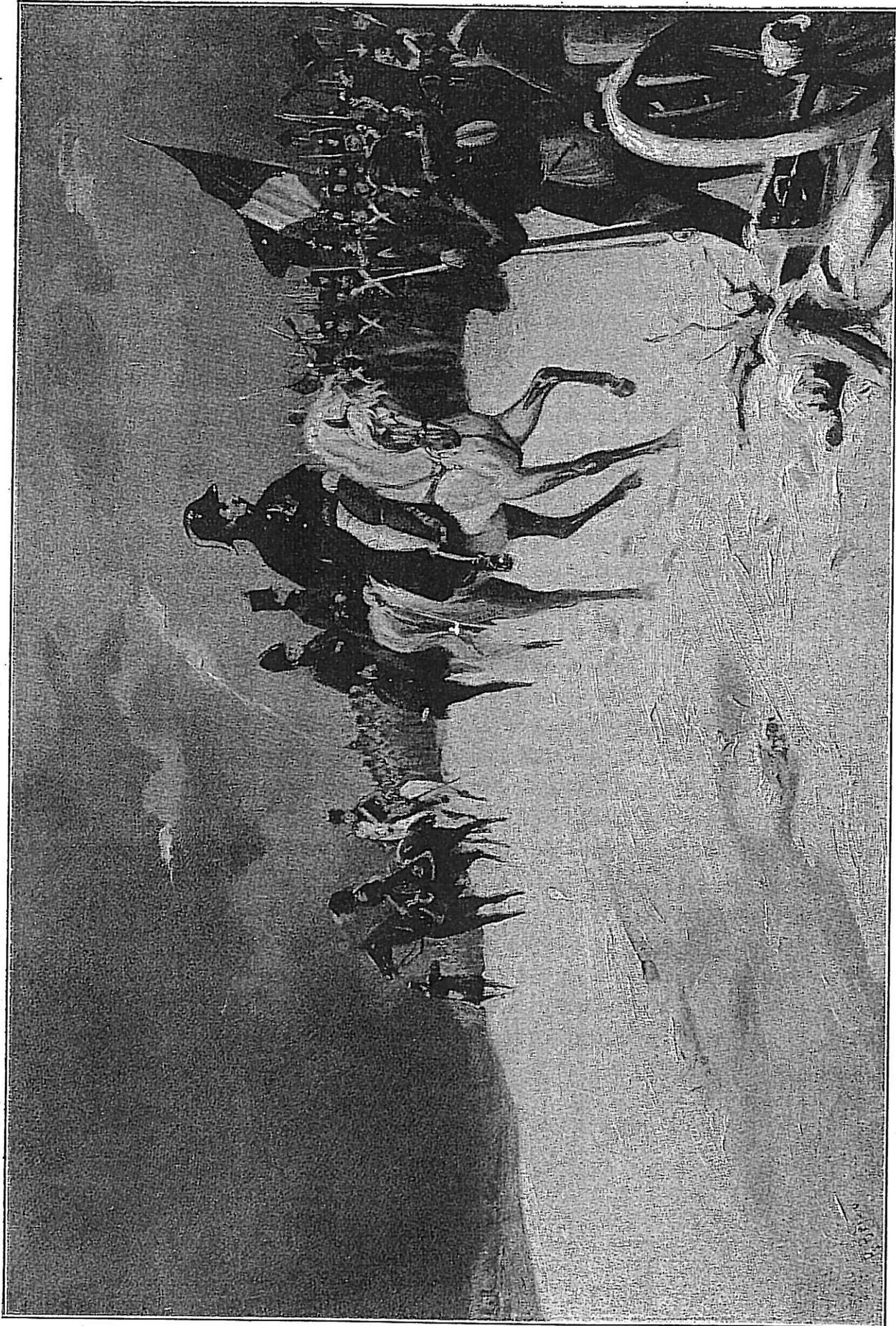
El Barón de Meer.

que las disposiciones que iba dando. Oraá estaba encargado de dirigirla; pero, al llegar aquella hora y sabedor de lo crítico de las circunstancias, el general en jefe saltó del lecho, donde le tenía postrado un padecimiento físico, montó á caballo y dirigióse al puente de Luchana, recompuesto poco antes por los ingenieros. Con apasionado acento arengó á sus soldados:

« Compañeros, — les dijo, — la noche de este día se halla destinada á cubrirnos de gloria y á que conozcan los enemigos y el mundo entero que somos dignos de empuñar estas armas que la Nación nos ha confiado. Habéis sufrido con la constancia más laudable los trabajos y privaciones que ofrecen dos meses de campamento en medio de la estación más cruda del año. La Reina y la Patria necesitan que esta noche hagamos el último esfuerzo. Los soldados valientes como vosotros no necesitan más que un solo cartucho; ese sólo se disparará en caso necesario, y con las puntas de vuestras bayonetas, tan acostumbradas á vencer, daremos fin á tan grandiosa empresa; batiremos á los enemigos de nuestra idolatrada Reina, los arrollaremos, y tanto vosotros como yo, que soy el primer soldado, el primero delante de vosotros, los veremos morir ó abandonar el campo, llenos de ignominia y oprobio, corriendo precipitadamente á ocultarse en sus encumbradas guaridas. Marchemos, pues, al combate; marchemos á concluir la obra, á recoger la corona de laurel que nos está preparada; marchemos, en fin, á salvar y abrazar á nuestros hermanos, los valientes que con tanto denuedo han imitado nuestro ejemplo defendiendo la causa nacional dentro de los muros de la inmortal Bilbao. »

Una aclamación unánime acogió estas frases animosas, y los batallones de Borbón, Gerona, Infante, Soria y Extremadura, guiados por Espartero, lanzáronse á la bayoneta, tomando las alturas y el fuerte de Banderas y haciendo huir al enemigo precipitadamente. Oraá y Minuisir, al frente de sus columnas, cooperaron al avance, y el ejército carlista, perdida ya la esperanza, abandonó presuroso todas las posiciones de la derecha de la ría; los puentes de San Marcos y de Olaveaga, que habían construido, sirvieron para darles paso, dispersos y en el mayor desorden, presa del pánico que les sobrecogió. El tren de sitio, que consistía en veinticinco piezas de grueso calibre, armas, bagajes é infinidad de prisioneros perdieron los rebeldes en aquella jornada, que produjo en la ciudad loco frenesí. Espartero entró en ella á las nueve de la mañana del siguiente día, siendo recibido con delirante entusiasmo. Concedióle el Gobierno el título de Conde de Luchana, y las Cortes declararon haber merecido bien de la Patria los defensores de Bilbao y el general y las tropas á sus órdenes que hicieron levantar el sitio.

PABLO BÉJAR



EL GENERAL ESPARTERO REVISTANDO SUS TROPAS ANTES DE LA BATALLA DE LUCHANA.

---

---

## III

Inmejorable ocasión habría sido aquélla para concluir con las facciones, si los directores de la campaña, residentes en Madrid, hubiesen dedicado sus esfuerzos á perseguirlas, en vez de dormirse, como lo hicieron, sobre los laureles de la victoria que acabamos de relatar.

Los carlistas, hasta entonces unidos en las ideas, comenzaron á manifestar opuestos criterios que llevaron la confusión á la Corte del Pretendiente. Unos, como el arzobispo de Cuba, el padre Gil, el general Cabañas y Valdespina, le aconsejaban que transigiera, formulando al efecto un programa en el que prometiera considerar á todos los españoles por igual, ofreciendo algunas reformas liberales. El obispo de León y los demás consejeros de Don Carlos se oponían á estos planes, considerándolos revolucionarios y pecaminosos. Los militares del partido dividiéronse también, achacándose mutuamente las culpas de los desastres, y de todo ello surgió un estado de recelos y desconfianzas que llegó á originar la prisión del general Eguía en el castillo de San Gregorio, de Navarra. Formáronse grupos con los nombres de *transaccionistas*, *puristas*, *infantistas* y *equiistas*, que minaban sordamente la existencia de la rebeldía, cuyo elemento principal de vida no podía ser otro sino la cohesión. Mal podía inspirarla el Pretendiente, persona vulgar, sin arranques ni sentimientos elevados, juguete de los apostólicos y representante de un absolutismo teocrático del que se burlaba la mayoría de los militares del partido. He aquí cómo le juzgó el señor Fernández de los Ríos:

« Don Carlos no tenía vicios ni virtudes; era un fanático insensato, que hacía consistir la religión en una serie de actos rutinarios. Ayunaba muy á menudo, leía las vidas de los santos, llenaba la mesa y las paredes de su cuarto de imágenes de todas clases, rezaba el rosario en familia, confesaba todos los meses, escogiendo los curas más ignorantes, y descuidaba los negocios de más importancia para salir al encuentro de quien le traía una estampa bendita ó un hueso estimado como reliquia. Acompañábale siempre un gentilhombre cargado de santos y breviarios para presentárselos así que llegaba á su alojamiento; no hacía ningún caso de los actos de corrupción de los empleados, pero mandaba castigar rigurosamente al oficial que no oía misa los domingos. »

A un hombre de esta naturaleza; en el estado, además, que alcanzó la guerra después de la victoria de Luchana; y traicionando á la nación liberal que tantos sacrificios hacía por ella y por su hija, acudió Cristina, para entablar con él negociaciones á espaldas de su Gobierno. De acuerdo con los Reyes de Nápoles, propuso á Don Carlos reconocer los derechos que alegaba á la Corona de España, con la condición de que su primogénito se casase con la Reina Isabel, y que fuesen perdonadas las personas que por ella se habían comprometido. El Pretendiente contestó por medio de un documento donde se decía lo que sigue:

« Tomando en consideración el estado de cautiverio de la Reina viuda Doña María Cristina, y el deseo que ha manifestado de refugiarse con sus hijas en el seno de su augusta familia, S. M. C. es del mismo sentir que S. M. el Rey de las dos Sicilias; que la combinación más feliz para salvar á la Reina viuda de los peligros que la amenazan, y poner término á una guerra tan desastrosa para España, sería que ella y sus hijas pudiesen venir cerca de S. M. C.

» Para la ejecución de este proyecto, el Rey, después de haber oído el dictamen de su Consejo de Estado, ha decidido que se den las órdenes convenientes á los generales que operan sobre Madrid, para que hagan todo lo posible para salvar á la Reina viuda y á sus hijas, y las faciliten los auxilios y ayuda que puedan necesitar, á fin de que se junten con los ejércitos de S. M. C.

» Luego que S. M. la Reina viuda haya hecho en el cuartel general, á presencia del general que mande sus tropas reales, el acto formal de reconocimiento de los derechos legítimos de S. M. C. el señor Don Carlos V, como Rey de España y de las Indias, reconocerá S. M. los suyos como viuda de su augusto hermano (Q. G. H.), y los de sus hijas como Infantas de Castilla.

» La posición de la Reina viuda será la misma que si se hallase en España y gozará de las mismas ventajas que en Nápoles.»

Fuese que á Cristina la doliera ver rechazada con el silencio su proposición de casar á Isabel II con el Conde de Montemolin; fuese que entonces ya comenzasen las inteligencias suyas con los moderados para expulsar del poder á los progresistas, las negociaciones se interrumpieron sin pasar más adelante. Se ha abrigado, sin embargo, la sospecha de que estuviesen relacionadas con la expedición que organizó poco después Don Carlos para dirigirse sobre Madrid.



Ceballos Escalera.

Dejó el Pretendiente á Uranga con fuerzas bastantes para mantener la insurrección en las provincias Vascongadas, y reuniendo 15,000 hombres, al frente de los que puso á su sobrino el Infante Don Sebastián, salió de Estella el 17 de Mayo de 1837, marchó sobre el Arga, pasó por Echaurri, Monreal y Lumbier y entró en Aragón. En los primeros días siguientes al de esta marcha encontró á los expedicionarios el general

Ceballos Escalera, cerca de Orió, causándoles algunas pérdidas, pero no pudo detenerles. Ya en Aragón, dirigióse Don Carlos á Huesca, en cuyas inmediaciones fué derrotado el general Iribarren, que le perseguía, siguiendo aquél á Bar-

bastro, donde libró un reñido combate con Buerens, viéndose luego rechazado al querer cruzar el Cinca. Tomó entonces la vuelta de Cataluña, rechazándole el 12 de Junio, en los campos de Grá, el Barón de Meer, secundado por el brigadier don Diego de León y el coronel don Juan Zavala. Continuó á Solsona, recibiendo bajo palio el clero de aquella catedral y alojándole el obispo en su palacio. Allí se le unió el cura Tristany con su partida.

En el Priorato recibió aviso de Cabrera, que le esperaba al otro lado del Ebro, para lo cual había dispersado á Nogueras y Borso di Carminati, teniendo franca la entrada en el reino de Valencia; fué en su busca Don Carlos, reuniéndose con Cabrera, que le acompañó á Cherta, proponiéndole la toma de Castellón. Los de esta ciudad los rechazaron, y no atreviéndose los expedicionarios á llegar hasta Valencia, corriéronse á Chiva, donde los dispersó Oraá con las divisiones de Nogueras, Borso é Iriarte, teniendo aquéllos que guarecerse en Cantavieja.

La acción de Herrera, que fué un desastre para la columna de Buerens, quedando deshecha con pérdida de casi todo el material de campaña, reanimó el espíritu del Pretendiente y obligó al Gobierno á llamar á Espartero, al frente entonces del ejército del Norte, en cuyo lugar quedó Ceballos Escalera.

Otro suceso más grave aún para la causa liberal ocurrió entonces. Don Juan Antonio Zariátegui, mandando una fuerte división rebelde que sacó de las provincias Vascongadas, se propuso cooperar al movimiento de Don Carlos y, pasando el Ebro, entró en la Rioja, dirigiéndose por Peñafiel y Fuentidueña á Segovia, tomando esta ciudad y entregándola al saqueo. Llegó á la Granja, donde recibió pliegos de Cabañas, ministro del Pretendiente, ordenándole permanecer cerca de la Corte por si Cristina se presentaba. Avanzó hasta Torrelodones y el 11 de Agosto tuvo un encuentro con los liberales, retirándose al saber la llegada de Espartero á Madrid. Encargóse Méndez Vigo de perseguirle, haciéndole retroceder más allá de Segovia y derrotándole en Nebreda; sin poder continuar su obra, porque en el desbarajuste con que se dirigía la guerra desde la Corte, recibió en aquellos momentos un oficio del ministro de la Guerra admitiéndole la dimisión del cargo de capitán general de Castilla la Vieja, que tenía presentada muchos días antes. Zariátegui se rehizo y entró victorioso en Valladolid, de donde hubo de salir para Roa, llamado por Don Carlos, en retirada ya de las inmediaciones de la Corte.

La acción de Herrera permitió que el Pretendiente, por la sierra de Albarra-cín, llegase á Castilla la Nueva y atravesando el Riánsares entrara en Tarancón. El 12 de Septiembre, presentóse en Arganda, y dos columnas mandadas por Cabrera avanzaron por la derecha del camino de Vallecas hacia los altos de Vicálvaro, tiroteándose en el arroyo Abroñigal con los granaderos de caballería de la guardia. Recibió Cabrera orden de retroceder, en vista de que Espartero con su ejército se dirigía á Alcalá de Henares, punto elegido por Don Carlos para establecer su cuartel general. La caballería liberal encontró á la retaguardia del Pretendiente en Anchuelo, el 19 de Septiembre, causándole grandes pérdidas, y

después volvieron los facciosos á ser batidos en Retuerta, apresurando su marcha hasta unirse en Roa con Zariátegui. Desde allí fueron á las Encartaciones y regresaron á las provincias Vascongadas, despidiéndose de ellos Cabrera, que volvió al Maestrazgo.

Mientras se desenvolvían estos acontecimientos, ocurrían otros en el Norte, indisciplinándose los soldados de algunas fuerzas del ejército por no recibir sus pagas, alentándose la impunidad en que quedaron la sedición de los legionarios ingleses y el pronunciamiento de los jefes y oficiales en Aravaca y Pozuelo. Negóse por los soldados en Bilbao la obediencia á sus jefes, llegando á hacer fuego sobre el general Conde de Mirasol, que pudo escapar con vida. El bravo general Ceballos Escalera sucumbió en Miranda á manos de unos soldados del provincial de Segovia. El gobernador militar y el presidente de la Diputación perecieron también asesinados en Vitoria; allí la soldadesca y varios paisanos impusieron á los ricos una contribución de 200,000 pesetas, que se cobró en pocas horas. Dos batallones de tiradores entraron en Pamplona, instalaron una comisión de sargentos en la casa consistorial y convocóse por ella á los regidores, banqueros y otras personas notables. El general Sarsfield acudió inmediatamente al sitio donde estaban reunidos los sargentos; éstos se quejaron de la prevención con que los había mirado, le pidieron que les entregaran en el acto las pagas vencidas, le pidieron que los dejase de guarnición en la plaza, y pretendieron que, como en Vitoria, se impusiese una contribución á la gente adinerada.

Al salir del municipio encontró Sarsfield la muerte. Insultáronle, amenazáronle, entraron en la casa donde un amigo le procuró refugio, persiguiéronle hasta el cuarto piso y le cosieron á bayonetazos.

Hubo aún otra sedición en Gayangos, el día 19 de Septiembre; sublevóse un batallón contra sus jefes, á uno hirió, á otro dió muerte, á otro puso en peligro de la vida.

Un estado tal, era la disolución del ejército. La contuvo Espartero el día 30 de Octubre. Fué á Miranda, hizo formar en cuadro las tropas, puso detrás de la infantería cañones destinados á ametrallarlas á la menor señal de indisciplina, entró solo en el cuadro é hizo una notable arenga con voz fuerte y vibrante; enhiesto sobre su caballo, al que tenía en constante movimiento. Después de haber oído de sus soldados que le servirían de égida y coraza, dijo que se le había presentado en sueños la sombra de Escalera y le había pedido que reparase su agravio y salvase la Patria. La espada de la ley, sostenida por las invencibles bayonetas de mis camaradas, dijo, va á caer como el rayo sobre los culpables de los asesinatos. En ese regimiento se ocultan, dijo señalando al de Segovia: «ó delatan los inocentes á los culpables ó los diezmo á todos en el acto.» Fueron delatados los culpables y pasados allí mismo por las armas.

Los sediciosos de Vitoria, de Gayangos y de Pamplona, fueron sometidos á consejos de guerra; unos pagaron también con la muerte, otros con la pena de presidio.

Así se restableció la disciplina del ejército.

En esto duraban aún las Cortes constituyentes del año 36. Además de la Constitución hicieron leyes de importancia. Para la guerra, pusieron á disposición del poder ejecutivo toda la plata, el oro y las piedras preciosas de las iglesias, cofradías y hermandades, y decretaron que se formara en Jaén un ejército de reserva, cuya organización se confió á Narváez.

Reformaron la ley de imprenta del año 23, estableciendo, nó la previa censura, pero sí la obligación de entregar en las capitales de provincia á los jefes políticos y en los pueblós á los alcaldes los dos primeros ejemplares de cada número de los periódicos. Retrocedieron aquí y retrocedieron más en las elecciones. Adoptaron el voto directo; mas no lo otorgaron sino á los que pagasen doscientos reales de contribución ó tuviesen 1,500 de renta. Suprimieron el sufragio universal establecido por los magnánimos legisladores de Cádiz y excluyeron de los comicios á muchos millares de ciudadanos.

El fracaso de la expedición de Don Carlos produjo en sus huéspedes y en su Corte un desconcierto grande, agravándose con este motivo la discordia que separaba á los transaccionistas de los intransigentes. Fué separado de su cargo de generalísimo el Infante Don Sebastián, reemplazándole Guergué; desterróse á Villarreal y á La Torre; á Eguío, Cabañas y Zariátegui se les redujo á prisión, y del ministerio de la Guerra carlista se encargó el abogado don José Arias Tejeiro. Como si no se conociese el escaso fruto que daban las expediciones á otras provincias, dióse orden á don Basilio García para que saliese nuevamente de las Vascongadas, haciéndolo á fines de Diciembre con ochocientos hombres. Pasó á Aragón, de allí á Castilla, la Mancha y Andalucía, teniendo que regresar en Mayo del año siguiente, después de no pocas derrotas, siendo la más completa la que le hizo sufrir en Béjar el general Pardiñas. Hecho señalado de esta expedición fué el de haber dispuesto en la Calzada de Calatrava el incendio de la iglesia, donde habíanse refugiado los nacionales con sus familias, pereciendo allí ciento sesenta personas, la mayor parte mujeres y niños. A tan infame hazaña instigóle el prior de la parroquia, don Valeriano López de Torrúbia.

Siguió á la de don Basilio otra expedición mandada por el italiano Conde de Negri, que si bien logró entrar en Segovia, vióse aniquilada por Espartero en el Fresno, cayendo en poder de aquél casi toda su infantería, más de doscientos oficiales y todos sus equipajes y municiones. Por este hecho de armas obtuvo Espartero el ascenso á capitán general.



Pardiñas.

Corría el año 1838 y la suerte se había decidido por el ejército liberal. En Belascoain se cubrió de gloria el intrépido don Diego de León, secundado por don Manuel de la Concha, tomando sin artillería alguna aquellas fuertes posiciones defendidas por numerosas fuerzas y por una triple línea atrincherada con reducidos y fortines. Al propio tiempo vencía Espartero á Guergué, desalojándole de Peñacerrada.

Volvió á llamar entonces Don Carlos al general Maroto, disponiendo se pusiera en seguida al frente de las tropas, acuerdo que fué acogido con hostilidad por el bando apostólico. Comenzó éste una serie tal de intrigas contra el único hombre que podía servirles de algo, que acabando con su paciencia le condujo á la catástrofe del partido.

Mientras tanto Urbiztondo en Cataluña no levantaba el espíritu carlista y, combatido por la Junta del Principado, hubo de ceder el puesto al Conde de España. Distinguióse éste por la guerra vandálica que hacía, cometiendo y dejando cometer á sus hordas toda suerte de infamias

en las poblaciones y con los prisioneros que tenían la desgracia de caer en sus manos. Nada adelantó, sin embargo, y la pérdida de Solsona, que rindió al Barón de Meer, capitán general de Cataluña, destruyó la opinión de invencible en que se le tenía.

Cabrera era el único jefe carlista que triunfaba. Hizose dueño de Morella y Benicarló, en la provincia de Castellón, y llegó á autorizar á uno de sus subalternos, don Juan Cabañero, para que tomase por sorpresa la ciudad de Zaragoza, poniendo bajo sus órdenes 2,200 infantes y trescientos caballos. Con una audacia increíble entró Cabañero en la capital de Aragón durante las primeras horas de la madrugada del 5 de Marzo; sufrió un considerable descalabro por el valor y la serenidad de sus habitantes que, corriendo á las armas, rechazaron



Marcelino Oraá.

á los facciosos, causándoles doscientos diez y siete muertos, sesenta y ocho heridos y veintinueve jefes y oficiales y setecientos tres soldados prisioneros.

Encargado el general Oraá de la conquista de Morella, tuvo que levantar el sitio, constituyendo este hecho un triunfo para Cabrera; logró otro el 30 de Septiembre, destrozando en Maella la columna del general Pardiñas, que murió defendiendo cara su vida.

« Cabrera — dice el señor Chao hablando de esta última acción — no supo recoger sus mejores laureles sin mancharlos de sangre. Tuvo la crueldad inaudita

de mandar fusilar noventa y seis sargentos prisioneros de la vencida división. España, Europa entera se horrorizó de tan monstruosa atrocidad. Valencia, Alicante, Murcia y otras poblaciones á quienes más de cerca amenazaba aquel azote de la humanidad, se sublevaron al grito horrible de *represalias*. Las autoridades del Gobierno tuvieron que aceptarlas, y por algún tiempo la guerra en aquellas provincias fué más bien una lucha de fieras que un combate de hombres.»

En Galicia, Castilla y Andalucía continuó la campaña hasta el final del año 38 sin ocurrir nada notable, fuera de los excésos cometidos por las bandas de guerrilleros rebeldes, que se entregaban descaradamente al merodeo.

El padre Claret, nombrado por el Gobierno de Madrid obispo de la Habana, intentó, secundándole el cabildo catedral, hacer en Cuba un movimiento insurreccional á favor de Don Carlos. No consiguió su propósito. Realizaronlo en Melilla los carlistas allí confinados, y, después de apoderarse de la plaza y de su corta guarnición, tuvieron que capitular ante las fuerzas liberales enviadas para reducirlos.